

La hechicera de los ojos de otoño

La hechicera de los ojos de otoño

Blue Violet



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Blue Violet 2026

© Entre Libros Editorial LxL 2026

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: marzo 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-45-2

Depósito legal: AL-0178-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

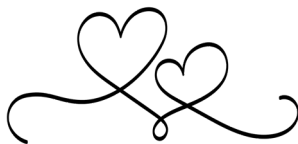
*A todas las personitas que buscan una excusa para
seguir creyendo en la magia.*

*A veces está más cerca de lo que esperamos, solo hay que
prestar atención a las señales.*

Me gustaría dedicar este libro, en especial, a una persona que formó parte de mi vida durante veintiséis preciosos años y a la que siempre llevaré en mi memoria y en mi corazón. Este libro es para ti, H. Estoy segura de que, de haber podido leerlo, lo habrías disfrutado. Te habrías trasladado en segundos al mundo de fantasía que ofrece Kramanta, odiando a unos, amando a otros, pero, sobre todo, habrías reclamado más acción de sábanas entre los protagonistas, porque ambas sabemos qué tipo de libros preferías. Las cosas como son.

Contigo escribí mi primera historia; contigo compartí aquellos primeros capítulos basados en anécdotas de instituto; contigo descubrí tantas novelas que ahora adoro. Y por ti existe esta historia, porque por tu causa volví a escribir cuando creí haber perdido la cordura. Así que solo puedo decir gracias. Gracias por esos preciosos años. Gracias por haber sido una parte tan importante de mi vida. Gracias por haber sido mi primera amiga, mi hermana pequeña, mi grano en el trasero, mi frustración con patas, mi máquina de abrazos y de dolores de cabeza.

Te echo muchísimo de menos, pero sé que, estés donde estés, tus corazones verdes siempre me acompañarán allá donde vaya. T'estim, germaneta.





Continente
de
ARKONIA

Nurra

Mar
Blanco

Islas del
Norte

Copo

Islas
Ceruleas

Ysta

Velkarnir

NIVAKAAR

WIN

Montañas de

Isla
ARRECIFE

Stongea

Anka Thor

SHAI

Laguna de
las ninfas

Centya

Asshmon

Faenya

Meer

Mar
CORALINO

Yunos

BanHala

Dartos

Desierto de Junira

Ampalv

OLIMPO

Rhedania



Ferstag

Nadon

Miryuu

Casas de Hielo

Bosque de las Luciérnagas

Lhoon

Nakra

Kramanta

Bahía Carmesi

Isla Jazmin

Océano de ceniza

ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO

Tatsunoden

Minos

Islote del Rayo

Qarfo

Tartos

Bosque Primigenio

Wynd

Bosque de Velyenn

Velyenn

Kiville

Fyrtur

Fyra

Mar de la Ambrosia

IDERSTALL

de Plata

Baenor

ARIA

Capítulo 1

MALA FORTUNA



—Vas a acabar prendiéndole fuego a la casa.

Autumn no había llegado siquiera a pisar el suelo de su sala de entrenamiento cuando lanzó su primera bola de fuego contra el muñeco de paja que gobernaba aquel sótano, haciéndolo estallar en un millar de briznas incandescentes que llenaron el aire de centellas y de un olor acre y penetrante.

Tras bajar los últimos escalones de madera, resopló y tiró el bolso con fastidio. Escuchó cómo el frasquito de lágrimas de *banshee* que había comprado aquella mañana se rompía en mil pedazos, pero no le importó. Sabía que las manchas se irían con facilidad. Lo que no podría eliminar tan rápido era la sensación de opresión alojada en el pecho.

—Cállate, Iannur. Agradece que no seas tú el blanco de mi ira.

La bruja sabía que su familiar digital solo quería tranquilizarla, pero ninguno de los dos era tan ingenuo como para pensar que sus esfuerzos darían resultado.

—¿Por qué a mí? —siseó mientras dirigía una segunda bola de fuego contra el maniquí.

Su cuerpo se movía con la rigidez del metal y sentía cómo sus fosas nasales aleteaban como si tuvieran vida propia. Las cosas no estaban saliendo a pedir de boca para ella. Ya se dice que una mala racha la tiene cualquiera, pero iba mucho más allá: era un mal mes, un mal año, una mala vida. Se sentía estancada. Desde niña había creído que, cuando fuera adulta, recorrería el mundo, sería libre, independiente y que, algún día, encontraría a su persona especial. A alguien con quien crear una vida en común. Sin embargo, parecía que aquella quimera estaba destinada a coger polvo en el recoveco más recóndito de su mente.

—Mira que eres dramática. No es para tanto.

Autumn le ignoró deliberadamente y se concentró en el muñeco, que acababa de regenerarse, para lanzarle una nueva sarta de hechizos explosivos. Cuando la ira se apoderaba de ella, no había fuerza en el mundo capaz de frenarla.

Los ojos de fuego de Autumn refulgían con las furiosas exhalaciones que soltaba al lanzar sus conjuros. Con cada movimiento, varios mechones de su salvaje cabello morado rebotaban contra su cara como si tuvieran vida propia y trataran de acompañarla en su frustración. Entretanto, el pobre muñeco de paja, ya irreconocible, trataba de rehacerse a sí mismo tras cada arrebató de su dueña, pero los flujos de energía eran tan seguidos que apenas le daba tiempo a recolocarse la cabeza en su sitio antes de volver a perderla.

—¿No crees que te estás pasando un poco? Los niveles de monóxido de carbono están subiendo demasiado.

La bruja echó una mirada a su alrededor. Las paredes detrás del muñeco estaban cubiertas de hollín y el aire estaba enrarecido, así que dibujó con los dedos las runas necesarias para abrir el venta-

nuco alargado que hacía las veces de respiradero. Si bien estaba enfadada con el mundo, tampoco quería dejar de formar parte de él tan pronto.

—Bruja malcriada, ¿deja de ignorarme! ¿De verdad me vas a culpar a mí de que seas un desastre en tus relaciones? —insistió Iannur, indignado. O con toda la indignación que podía sentir una inteligencia artificial—. Responsabilizarme de tu mala suerte es tan acertado como culpar a un tomate de que haya tormenta.

—No, hombre, va a ser culpa mía, ¿no te fastidia? —respondió al fin, con sarcasmo, lanzando un nuevo hechizo contra el maniquí, cuya mitad derecha empezó a derretirse como un helado, sin que el espantado monigote pudiera hacer nada para evitarlo—. Te recuerdo que ha sido tu estúpido algoritmo el que me emparejó con ese sátiro con ínfulas de grandeza.

—Quizá si la señorita no fuera tan exquisita dejaría de encontrar defectos a cada uno de los ejemplares que le presento.

—Y quizá si yo te apagara durante el día, viviría más tranquila —bufó la bruja, llevándose el brazalete que portaba en la muñeca izquierda, y en cuyo núcleo vibraba la esencia binaria de Iannur, a la altura de los ojos para enfatizar su enfado.

Su mirada, afilada como una daga, no logró que el dispositivo se amedrentara ni un ápice.

—Tranquila, la próxima vez que identifique a tu potencial alma gemela te prepararé un informe completo de compatibilidad —respondió, burlón.

—¿Te estás riendo de mí? —masculló Autumn con un suspiro.

—Ding, ding, ding.

—En momentos como este pienso que debería haberme buscado un gato.

Autumn se arrepintió al instante de sus palabras. Acababa de meter la pata con uno de los pocos seres a los que apreciaba de verdad, pero a veces le costaba controlar la lengua e Iannur no era precisamente dócil. Si bien le quería con locura, en ocasiones le

costaba congeniar con él. Sobre todo cuando se ponía en modo lógico y trataba de llevarle la contraria. Aquel endemoniado aparatejo parecía ajeno al rol que en teoría debía desempeñar, aunque en el fondo Autumn sabía que la culpa la tenía ella. «Búscate un gato —le habían aconsejado—. Búscate un camaleón»; sin embargo, ella, cabezota como siempre, había hecho oídos sordos para meterse de lleno en la moda de los familiares digitales. Y cuando se probó la pulsera de Iannur y sintió la suave descarga que recorrió su cuerpo, supo que lo había encontrado. Que aquel sería su acompañante de por vida. Su confidente. Y así había sido durante los últimos ocho años. Su confidente y su grano en el trasero.

—Perdóname, Iannur. Sabes que no lo he dicho en serio. No te enfades —murmuró, conciliadora, dejando de molestar al muñeco para dirigir su atención a su familiar—. Sabes que soy de mecha corta.

—Miau.

Autumn puso los ojos en blanco y exhaló con pesadez. Para ser un ente formado en gran parte por código, podía ser excesivamente sensible.

—Vamos, no te hagas el indignado. Yo soy la que tiene motivos para enfadarse, ¿recuerdas?

—Miau.

—Deberías aprender a aceptar tus errores, todos los cometemos.

—No he cometido ningún error. Mi objetivo era buscarte una pareja adecuada a ti, a tus gustos y necesidades, y eso he hecho. Que no te convenza es problema tuyo, el candidato era perfecto.

—¡Si se ha pasado media hora hablándome de lo lustrosos que tiene los cuernos y lo suave que tiene el pelaje de las patas!

El recuerdo de lo ocurrido la crispó de tal manera que no dudó en lanzar un nuevo hechizo explosivo contra el hombre de paja, ignorando el terror en su rostro.

—Eres demasiado quisquillosa.

—Eso sí que tiene gracia —profirió una carcajada sarcástica que reverberó en la sala—. Recapitulemos. Primero me empa-

rejaste con un zombi cuya primera pregunta fue si alguna vez había probado un cerebro y que tenía menos conversación que una zapatilla; después, me hiciste tirar aquel delicioso helado de castañas de Fyrtur, aunque sabes que es mi favorito —alzó la voz para remarcarlo—, para poder llegar a tiempo al lugar en el que se encontraba el vampiro con dentadura postiza. Y no contento con eso, luego vas y me emparejas con un hombre lobo. ¡Nada menos! ¿Estás majara?

—El licántropo era un gran partido, deberías haberle dado una oportunidad. Era perfecto para ti: buen trabajo, deportista, usa la misma pasta de dientes que tú... no sé dónde está el problema.

—Trasto inútil, soy alérgica al pelo de animal.

—Puede que mi algoritmo necesite algún arreglillo...

—¿Tú crees? —Enarcó una ceja, socarrona—. Y luego, encima, intentas liarme con un sátiro. ¡Nada menos! ¿Es que quieres matarme?

—¿Qué son unos cuantos estornudos en nombre del amor?

Se lo habían advertido hasta la saciedad: «No busques en una aplicación lo que no puedes encontrar por ti misma». Y, una vez más, su impaciencia la había llevado a hacer oídos sordos y lanzarse a la piscina. Se daba cuenta de que era un problema, porque se sabía la teoría: era una mujer independiente, empoderada. Sabía que no necesitaba a un hombre para ser feliz. Y pese a todo, sentía un vacío en el pecho desde su ruptura con Rhael y, aunque le fastidiara pensarlo, empezaba a creer que solo podría llenarlo cuando ocupara su corazón con alguien más. Por eso había ignorado las recomendaciones de sus amigos y había decidido descargar la aplicación que le recomendó Iannur.

Era sencillo: lo que tenía que hacer era pedirselo y él haría el trabajo por ella. Buscaría a una persona con quien fuera compatible en gustos, personalidad y físico, y les concertaría una cita a ciegas, libre de prejuicios y estereotipos. Tan solo dos criaturas en busca del amor en un mar de incompreensión y superficialidad. ¿Qué podría salir mal?

Aparentemente, todo.

Con un gruñido, recogió el bolso del suelo y se dirigió a paso ligero hacia las escaleras. A su espalda, casi le pareció oír un suspiro de alivio proveniente del maniquí. Al atravesar la cocina, se obligó a ignorar la tetera que había dejado aquella mañana sobre los fogones de hierro. En aquel momento no quería saber nada de ella; le traía demasiados recuerdos. Se detuvo un instante frente a la encimera de madera oscura que presidía la estancia, y que destacaba sobre el fondo claro de color blanco hueso de las paredes, para espantar a la araña que caminaba entre las migas que había por allí esparcidas. Algunas contenían sustancias que muy probablemente podían cargarse al animalito y, aunque seguía enfadada, tampoco era un monstruo.

Cuando llegó a su dormitorio, se acercó a la mesita y se sirvió un vaso de agua de la jarra de cristal que siempre dejaba allí por si le entraba sed por la noche, antes de dejarse caer de espaldas sobre la cama. La manta hipoalérgica que la cubría era mullida, suave como el pelo de un unicornio recién nacido, y cada vez que se tumbaba en ella, Autumn no podía evitar jugar con sus pelitos púrpuras. El roce del tejido entre sus dedos la calmaba en cierto modo. En aquella posición, el pequeño tragaluz circular que coronaba la cúpula de su habitación quedaba justo sobre su cabeza. A través de él, la luz de una luna ya menguante se filtraba para iluminar la estancia y bañarlo todo de sombras y tonos azulados.

El malestar en la garganta de Autumn se intensificó y, cuando volvió a abrir la boca, la voz quebrada que salió de sus cuerdas vocales le pareció ajena.

—¿Por qué no me avisaste de que estaba allí?

—¿Quién?

—Ya sabes quién.

Autumn guardó silencio hasta que las redes neuronales de Ian-nur ataron cabos.

—¿Es por eso por lo que estás enfadada? Que pueda anticipar patrones no significa que lo sepa todo. Esa no es mi función —se quejó Iannur.

—Tu función es facilitarme la vida —gruñó.

—Correcto. Pero no siempre es posible. Hay cosas que ni tú ni yo podemos controlar.

—A lo mejor el problema es que ya estás obsoleto y tengo que cambiarte por una versión mejorada —le espetó, ácida.

—Sé que estás molesta, pero no es justo que lo pagues conmigo. Y lo sabes.

Autumn le regaló una mirada dolida. Por supuesto que sabía que tenía razón, pero necesitaba desquitarse. Era lo único que podía hacer al respecto. Eso o pasarse la noche llorando, acurrucada en la butaca del rincón. Y se había prometido no volver a derramar una sola lágrima por él.

Desde hacía tiempo, su vida se reducía a abrir la tienda por las mañanas, hacer inventario, calmar la impaciencia de los clientes y trabajar en alguna que otra fórmula en la parte de atrás. Nada nuevo, nada emocionante, así era su vida y se sentía a gusto de aquella manera. A fin de cuentas, su máxima era «cuando algo funciona, ¿para qué cambiarlo?». Aunque, en el fondo, sabía que solo se engañaba. Era plenamente consciente de ello.

Cerró los ojos para reproducir en su mente, por enésima vez aquella tarde, el motivo de su descontento.

Ese día no había sido distinto de los del resto de la semana. O del mes. Cuando el reloj marcó las dos, dio por finalizada una mañana que había sido, por demás, improductiva. En cuanto cerró la puerta tras de sí, se percató de que todavía tenía polvo de pixie entre los dedos, del último pedido que había preparado, y se apresuró a limpiárselos con disimulo en la falda antes de emprender el camino a casa.

Su tienda se encontraba en una de las plazuelas más cotizadas de la ciudad: un pequeño oasis de paz en pleno bullicio cosmopolita.

Desde allí, un callejón estrecho conectaba la plaza con la avenida central, que a su vez estaba a solo cinco minutos del mercado. Por eso, cuando la atravesaba, terminaba a merced de cuantos pisotones y empujones se sucedieran allí. A esa hora, los demás comercios de la plaza también estaban cerrando, a excepción de dos restaurantes de comida local que ya se hallaban inmersos en su rutina de menús de mediodía. Más allá de las casas de tejados en punta que daban forma a la plaza, en la avenida principal, se escuchaba el zumbido incesante de cientos de brujos, ángeles, hadas y demonios surcando el cielo, bien con sus alas, bien con sus vehículos.

Los rugidos malhumorados de un grupo de ogros empezaron a imponerse sobre el murmullo general. Era una escena que se repetía todos los días: los ogros buscaban un lugar donde comer y, como se trataba de criaturas gregarias, no concebían hacer nada por su cuenta; debían escoger un sitio por consenso y, cuando lo hacían, entraban en tropel, ahuyentando al resto de comensales.

Los restauradores estaban un poco cansados de la situación, pero no se quejaban, porque aquellos grupos solían darles muy buenas propinas. Especialmente si aquel día tenían en el menú algún tipo de carne cruda. Y subiendo la avenida, en dirección al Puente del Troll Dormido, predominaban los gritos estridentes de los sirénidos, que se quejaban de la falta de humedad de la ciudad y de la necesidad de implantar más parques marinos en el centro, antes de lanzarse al río en busca de un mínimo de hidratación, aunque fuera de agua dulce. Sin duda, no era la mejor hora para disfrutar del paisaje, por lo que Autumn decidió apretar el paso para llegar rápido a su casa.

Sin embargo, toda aquella algarabía general quedó en murmullo cuando Iannur empezó a llamar a gritos a Autumn con la intensidad de un demente que afirmara haber descubierto el secreto de la vida eterna.

—Baja la voz, bestia —le había increpado ella con una evidente mirada de advertencia.

—¡La he encontrado! Tu alma gemela. Estoy seguro esta vez.

—También lo estabas las tres anteriores —desestimó mientras buscaba un rincón hacia el que apartarse para no entorpecer el paso a los demás.

—Créeme, esta vez tengo un pálpito.

—¿Qué vas a tener un pálpito?, si no eres más que un cachivache tecnomágico.

—Eso ha dolido. Tal vez no tenga un corazón que palpita, señorita bruja, pero le recuerdo que tengo sentimientos. Y conciencia.

—Sí, y un futuro brillante como chantajista emocional. Eso también lo tienes —se burló la bruja. Iannur guardó silencio y Autumn sintió un pinchazo de culpabilidad en el pecho—. No te pongas así, un poco chantajista sí eres. No puedes negarlo. Y no me hagas el vacío, sabes que lo odio.

El dispositivo esperó unos segundos antes de responder con su mejor voz robótica:

—Si la señorita bruja se empeña en tratar a Iannur como un servil objeto, Iannur se comportará como un servil objeto. Si la señorita bruja no valora a su familiar, su familiar...

—Está bien, está bien, lo siento —le interrumpió entre risas—. Anda, pequeño chantajista, dime, ¿dónde se supone que voy a encontrar a mi *alma gemela* esta vez?

Iannur había guiado a la joven hasta una elegante cafetería, donde su cita ya la esperaba con una sonrisa en el rostro. Autumn se la devolvió, amistosa. Comprendía que, con toda probabilidad, aquel hombre también había sido arrastrado hasta allí con prisas por su Iannur particular, así que lo mínimo que podía hacer era darle una oportunidad.

De hecho, en un primer momento le pareció que tal vez su amigo había escogido bien, por una vez. A medida que se acercaba a la mesa, sus ganas de besar a Iannur por su gran acierto aumentaban.

Se encontraba ante un hombre de cabello castaño y barba poblada, de intensos ojos verdes y buena musculatura. Unos cuernos retorcidos y recién pulidos asomaban entre sus rizos y una sonrisa pícara se dibujaba en su rostro. Autumn se preguntó qué clase de demonio sería el que tendría el placer de acompañarla durante la comida. ¿Un íncubo? Sus entrañas se removieron con excitación al pensarlo. Sabía por una de sus amigas que eran excelentes amantes.

Sin embargo, antes de llegar a sentarse a la mesa, la retahíla de estornudos que profirió le dio la respuesta. Con razón el muchacho era tan apuesto. ¡Un sátiro! No podía creerse su mala suerte.

En cualquier otro momento habría huido de allí, pero se sintió mal por su acompañante, que era ajeno a su afección y probablemente no merecía tal desaire, así que se tomó un antihistamínico y se sentó frente a él, dispuesta a dejar a un lado sus recelos.

No obstante, diez minutos de conversación le bastaron para darse cuenta de que toda cortesía era demasiada con aquella criatura.

—Eres muy guapa.

—Gracias —había murmurado ella, cohibida ante su desparpajo—. Tú tampoco estás mal.

—Me lo dicen mucho. Buena genética, ya sabes. —Sonrió, mostrando una dentadura impecable con dos colmillos perfectamente afilados—. Aunque también me esfuerzo por cuidarme. Estos músculos no se consiguen solos.

Autumn correspondió a su comentario con un gesto de aceptación, sin comprometerse demasiado. Sin embargo, a pesar de que quería mostrarse cordial y de que incluso intentó hablar un poco sobre sí misma, algo que solía costarle en un primer momento, no tardó en comprender que no era más que una ilusa. Aquel sátiro parecía tan enamorado de sí mismo que no pudo evitar preguntarse por qué no se emparejaba con su reflejo.

—Como imaginarás, me paso el día en el gimnasio. Es importante tener un buen cuerpo, ¿no crees? La cabellera, como ves, ya la tengo. —Se pasó una mano por el pelo—. Por eso también espero

que mis compañeras de cama cumplan unos requisitos mínimos.
—Le guiñó un ojo con lascivia.

Autumn empezaba a sentir arcadas cada vez que aquella criatura abría la boca.

—¿Te gustan mis cuernos? Son los más brillantes de todo mi clan —continuó, orgulloso, sin esperar a que Autumn respondiera—. También utilizo productos de primerísima calidad para pulirlos, claro. Igual que mi pelo. ¿Quieres tocar? No me importa. Sé que a las chicas os gusta.

—No, estoy bien así, gracias.

Como habían quedado a la hora de comer, se había visto obligada a pedir algún plato de la carta, aunque, en cuanto se percató de lo vanidoso e insoportable que era aquel hombre, se aseguró de que fuera algo ligero para poder salir por patas en cuanto se diera la ocasión.

O al menos, esa había sido su intención.

Justo cuando había previsto pedir la cuenta para despedirse y no aguantar un segundo más de aburridísima conversación, un olor por desgracia familiar inundó sus fosas nasales. Un aroma almizclado, con notas de canela y regaliz, que la dejó petrificada en su asiento mientras su dueño, una imponente visión de piel ambarina, se situaba frente a su campo visual.

—Autumn. No esperaba encontrarte aquí.

Sus piernas se volvieron de hielo. Y sus manos. Y su pecho. Y, aunque quería abrir la boca para responder, aunque quería mostrarse abierta y por completo despreocupada, de sus labios no consiguió arrancar sonido alguno.

—¡Espera, amor! ¿Adónde vas?

Una voz brillante y melodiosa como un día de primavera les interrumpió y, poco después, ante ellos se materializó su dueña, quien no tuvo reparos en repasar a Autumn de la cabeza a los pies con suspicacia, como si la analizara.

—¿Quién es esta chica? —preguntó la misteriosa mujer al recién llegado, con cierto reproche en su voz.

Autumn habría dado cualquier cosa porque alguien la abofeteara o, como mínimo, la sacara de allí con alguna excusa en aquel momento. Se sentía como una idiota. Como un niño pequeño al que regañan tras realizar una trastada. Desorientada y al borde del llanto, aunque sabía que no tenía motivos para ello.

—Muñeca, ¿quiénes son estos? —Entró también en escena el sátiro, poniéndose de pie para estrecharles la mano—. ¿Son amigos tuyos?

El atrevimiento del sátiro debió activar un resorte en el interior de la bruja, porque recuperó la voz justo a tiempo de evitar el desastre.

—Garbick, creo que vamos a tener que dejarlo aquí, gracias por la comida. —Intentó mantener la compostura.

—Deja que se sienten con nosotros, a mí no me importa. Mirad, podéis coger esas dos sillas.

—No, déjalo. Esto no es asunto tuyo —insistió Autumn, sabedora de que su paciencia pendía de un hilo.

—Mujer, no seas tan áspera... Seguro que a ellos les parece bien. Tú eres un ángel guardián, ¿verdad? Reconozco tu placa...

—Por todos los dioses, Garbick. ¡Ya es suficiente! —estalló la bruja.

Sentía los latidos de su corazón en los oídos, que debían estar a punto de sacar humo cual locomotora con exceso de combustible. Podía percibir la incomodidad manifiesta del hombre que tenía delante y de su pareja, que observaban la escena con completa estupefacción, sin saber muy bien dónde esconderse de las miradas del resto de comensales y del rumor general de un mar de cuchicheos aislados. O tal vez fuera solo producto de su imaginación. No lo sabía. Lo que sí tenía claro era que no podía más. Estaba pasando el mayor bochorno de su vida y aquel sátiro descerebrado, con la inteligencia emocional de un pedrusco, tenía la culpa.

—Mira, lo siento, esto ha sido un gran error —continuó, levantándose de su asiento y colgándose el bolso al hombro con

decisión—. No tenemos nada en común y lo sabrías si me hubieras dejado abrir la boca una sola vez en la última media hora. Así que creo que esto —hizo un gesto con el dedo índice, señalándolos a ambos— no va a funcionar.

El sátiro volvió a abrir la boca para contradecirla, pero la gélida mirada que recibió por parte de la joven le hizo cambiar de opinión. Aceptando su derrota a regañadientes, recogió sus cosas con rapidez y se alejó de la mesa, no sin antes dedicarles una mirada cargada de resentimiento tanto a ella como a la extrañada pareja, la cual permanecía en silencio, aún sin saber cómo reaccionar ante tal estampa.

Solo cuando al fin desapareció de su campo de visión, Autumn se permitió soltar un bufido exasperado mientras se cruzaba de brazos para encarar a su exnovio con una débil sonrisa.

—Rhael, te veo bien —le saludó al fin.

Y no le faltaba razón. A pesar de que habían pasado ya tres años, tenía incluso mejor aspecto que cuando estaban juntos. Su sedoso cabello dorado, recogido en un estudiado moño masculino, contrastaba a la perfección con sus ojos amatista, y su mandíbula cuadrada enmarcaba, una vez más, esa sonrisa que tanto había añorado. Aunque, a juzgar por la manera en que su compañera le asía del brazo, entendía que el privilegio de disfrutarla ya no iba a volver a ser suyo. Su sonrisa tenía nueva dueña, Lurya y la bruja sabía que no podía compararse con ella. Poseía una belleza única, sobrecogedora, de esas que echarían abajo la voluntad del más aguerrido. Tenía el cabello más bonito que hubiera visto jamás, largo hasta la cintura, brillante y de intenso azabache. Sus ojos eran el centro de aquel rostro delicado de curvas suaves, eran oscuros y expresivos. Capaces de derretir un corazón helado. Sus labios, gruesos y pintados de borgoña, contrastaban con su piel inmaculada, en la cual tan solo destacaba lo que parecía ser una pequeña marca de nacimiento en forma de medialuna a la altura de la clavícula.

Al verlos juntos, comprendió por qué la envidia se consideraba un pecado capital. Hacían tan buena pareja que casi le dolían los ojos ante su mera presencia, así que todo en lo que Autumn conseguía pensar era en salir de allí lo antes posible.

—Conque una cita, ¿eh? —apuntó Rhael, con cierto retintín.

—Más bien un gran error —intentó salvar la situación Autumn—. Lamento la escena que acabáis de presenciar, todo es culpa de estas nuevas aplicaciones. No puedes fiarte de ellas, te juntan con cualquiera.

—Me alegra ver que aún eres tan directa como siempre, aunque siento lástima por el pobre sátiro. Acaba de probar de primera mano lo que ocurre cuando haces enfadar a una Avond. Tendrá pesadillas esta noche, sin duda.

Rhael le dedicó una sonrisa cómplice que empezó a derretirla por dentro, pero se recompuso a tiempo para responderle con otra que le rogaba en silencio que no continuara.

Y lo entendió. Siempre lo había hecho. Siempre se habían entendido sin necesidad de palabras. Al menos, hasta que él decidió abandonarla por una ninfa del bosque a la que conoció en un concierto.

—Así que tú eres la famosa Autumn —formuló con interés la morena despampanante que lo acompañaba—. Es un placer conocerte. Rhael me ha hablado mucho de ti.

A primera vista, a Autumn le pareció que tanto su sonrisa como su lenguaje corporal eran amistosos, dulces, propios de una persona que se pasa el día ayudando a ancianos a cruzar la calle. Sin embargo, sus ojos contaban una historia diametralmente opuesta. Aquellos ónices se clavaron en la bruja con territorialidad, y Autumn captó al instante el mensaje: Rhael era terreno vedado.

Un fugaz destello plateado, producto del reflejo de la luz de la luna sobre las plumas de una lechuza nival, deslumbró a Autumn por un instante, difuminando el recuerdo de lo ocurrido aquella tarde y devolviéndola al presente. Cuando recuperó la visión, se percató

de que unas finas nubes empezaban a cubrir el satélite a través del tragaluz, pero antes de que la habitación quedara en penumbra, Iannur encendió la luz de su lamparilla de noche de manera remota. Sabía que a Autumn no le entusiasmaba la oscuridad.

Aun así, la bruja no se inmutó ante aquel gesto. El nudo en la boca de su estómago era todo en lo que pensaba. Sabía que estaba siendo inmadura; al fin y al cabo, habían pasado tres años desde su ruptura y no quería seguir estancada en el pasado. Pese a ello, la insistente y burlona voz que se había decidido a acampar en su cabeza parecía haber tomado vida propia y, al parecer, disfrutaba ante la idea de hacerla empequeñecer en comparación con la mujer perfecta que se había quedado clavada en sus pensamientos.

—No le des más vueltas, Autumn —interrumpió sus pensamientos Iannur—. No te va a servir de nada.

—No lo hago. Solo estoy cansada.

—Mentirosa.

—No quiero hablar más del tema. Déjalo, por favor.

El tono plañidero que utilizó debió de surtir efecto, porque Iannur obedeció al momento.

—¿Quieres que llamemos a Yix? A lo mejor el relato de sus aventuras en Nakra te anima —sugirió Iannur.

—Ni se te ocurra. Como se entere de que estoy así por ese impresentable, me mata.

—Está bien. ¿Prefieres que te diga qué novedades literarias han salido este mes? A lo mejor hay alguna interesante.

Aunque Autumn le agradeció el intento de animarla, no obstante, sabía que, por aquella noche, no sería suficiente. Derrotada, se dio la vuelta sobre la cama para quedar tumbada bocabajo. Tal vez una noche en brazos de Morfeo aliviara su desazón. Tal vez al día siguiente se despertaría con una amnesia temporal que borraría el objeto de su congoja. En cualquier caso, solo deseaba que el día terminara lo antes posible y que su reencuentro con Rhael quedara enterrado junto con el resto de los vestigios de su vida en común

en el polvoriento y desvencijado cajón que tenía reservado para él en su corazón.

Pero, a juzgar por los gruñidos de su inteligencia artificial, aquella siesta no debía estar en sus cartas.

—Basta, Iannur, déjame dormir —se quejó, dejando que el colchón bajo su boca amortiguara su voz.

—Shhh. —La mandó callar, entre susurros—. No quiero alar-
marte, pero creo que hay alguien más en casa.

—¿Qué?

—Siento una presencia. No estamos solos.

La bruja se incorporó rápidamente, preparada para lanzar un ataque preventivo si se diera el caso, y ambos se quedaron en silencio durante unos segundos, mas no percibió nada fuera de lugar.

—¿Seguro que no te lo has imaginado?

—Ahora ya no la noto, pero te juro que teníamos compañía.

—Recuérdame que esta semana te lleve a la tienda. Me parece que te hace falta una buena revisión —resolvió con un suspiro antes de volver a tumbarse.

—Nunca me equivoco con estas cosas.

—Pues dile a esa presencia que se vaya a asustar a su abuela —declaró con un bostezo—, porque hoy no estoy de humor para exorcismos.

Si algo tenía claro era que no creía poder resolver otra crisis más ese día. De hecho, prefería que fuera quien fuera, se llevara lo que quisiera de la casa con tal de que la dejara tranquila. Ya había tenido drama suficiente para una década.

Capítulo 2

ARCE OTOÑAL



Autumn se planteaba pedirle a Iannur que desinstalara la aplicación de citas. En la última semana había quedado con cuatro pretendientes y solo uno de ellos le había resultado medianamente aceptable: un tritón de ojos esmeralda con el que había tenido una velada tan excitante como su labia. Aunque eso fue todo: una noche de fuego antes de que se diera cuenta de que eran incompatibles en múltiples sentidos, empezando con que ni él tenía pensado abandonar su hogar en el arrecife ni ella había sido jamás buena nadadora.

En aquel momento se encontraba en una cafetería feérica, tratando de consolar a un elfo de mediana edad que acababa de divorciarse y que no parecía notar que todavía no estaba preparado para volver al mercado. Y lo peor era que, una vez más, no entendía qué había llevado a Iannur a creer que sus perfiles encajaban.

Todo cuanto sabía era que estaba yendo de camino al trabajo cuando su inteligencia artificial le preguntó si tenía ganas de co-

merse unas tortitas de campánula recién hechas, porque acababa de percibir que un perfil afín a ella se encontraba en las inmediaciones.

Dados los antecedentes de su amigo digital, debería haber dudado de su criterio, pero se había levantado de buen humor aquel día. Tenía un buen presentimiento y creyó que el anuncio de Ian-nur podía ser una señal, de modo que decidió probar suerte. Tal vez al llegar al local se encontraría con una versión renovada de aquel tritón atractivo, solo que sin su miedo a vivir en tierra firme. Sin embargo, el karma no parecía dispuesto a ser especialmente benévolo con ella.

Enfrente, el elfo de semblante más desdichado del mundo trataba de regalarle una sonrisa poco convincente. Las entradas en su cabeza daban cuenta de lo mal que lo había tratado el paso del tiempo y sus manos temblaban al cortar las tortitas, que, por otra parte, había pedido sin sirope. Aquello ya le parecía un sacrilegio a la bruja. Se podía saber mucho de un hombre por la elección de sus postres y, desde luego, el elfo había descarrilado en dicha tarea.

—Tu trabajo parece muy interesante —intentó darle conversación—. Debes encontrar verdaderos tesoros en los archivos municipales. ¿Alguna vez te has topado con algún documento de la Época Sombria? ¿Qué es lo más intrigante que has visto allí?

—En realidad solo me encargo de colocar los archivos en las estanterías. No pregunto qué contienen.

Autumn frunció el ceño, sin querer darse por vencida.

—¿Y no tienes curiosidad? ¿Eres consciente de la cantidad de historias y de información valiosa que pasa por tus manos día a día?

Por toda respuesta, el elfo se encogió de hombros mientras daba un sorbo a su taza de té. No había manera. Autumn llevaba más de un cuarto de hora intentando que la conversación fluyera, pero era inútil. Aquel hombre no tenía sangre en las venas. Por no tener, no tenía ni tinta. La tinta lo habría hecho más interesante. Era como si estuviera muerto en vida.

—Dices que trabajas en una tienda de hechizos, ¿verdad? —preguntó el triste ser con fingido interés.

—Y pociones. Sobre todo, pociones. Y ungüentos. Ya casi nadie quiere comprar hechizos —concretó Autumn con cortesía, espolvoreando un poco de néctar de lirio sobre su torre de tortitas. Ella sí sabía hacer las cosas bien.

Por toda respuesta, el elfo le dedicó una mirada lánguida, al tiempo que sus ojos se perdían en el fondo de su bebida. Debía de ofrecerle un espectáculo de lo más interesante, a juzgar por la intensidad con la que escudriñaba la taza.

Autumn apretó los labios y miró a su alrededor. El baile de la pequeña abeja que revoloteaba sobre la maceta de geranios tras la ventana empezaba a parecerle lo más destacable de la velada.

—Es porque son más erráticos. Los hechizos, quiero decir. Es más difícil cagarla con una pócima —continuó Autumn, sin saber del todo lo que pretendía con aquello. Quizá solo buscara llenar el silencio para que el tiempo pasara más deprisa. Quizá, en el fondo, no quisiera darse por vencida tan rápido.

¿Era cosa suya o el reloj de la pared marcaba los segundos cada vez más despacio?

—La tienda es pequeña. La decoré con mi abuela, con mucho cariño. Está en una placita de baldosas púrpuras, cerca del Parque del Hechicero y de la avenida. No sé si te suena.

—¿Te refieres a la que está en la orilla este del río? ¿La de las casas torcidas?

El repentino entusiasmo que brotó de los labios del hombre sorprendió a la bruja, que se enderezó en el asiento, feliz de poder tener al fin algo de lo que hablar con él.

—Esa misma.

—Ya sé cuál dices. Solía ir a pasear por allí con mi mujer. Perdón, exmujer.

Falsa alarma. No era la primera vez que tenía un desliz así en lo que llevaban de velada. De hecho, había perdido ya la cuenta de las

ocasiones en las que había mencionado casualmente a su expareja. Al principio no había sabido muy bien cómo responder a sus salidas de tono. Luego pensó que, si seguía hablando como si nada, tal vez él dejaría de lado el tema de su ex y podrían centrarse en ellos.

—¿Sabes? Creo que una vez visitamos tu tienda. Cuando aún estábamos juntos, claro.

O tal vez no.

—Me alegra saberlo, espero que te gustara —respondió, removiendo con desgana su taza de té y volviendo a preguntarse qué pintaba en aquel lugar.

—Sí, tienes un local muy bonito. Recuerdo que a Maya le fascinó un conjunto de té feérico que tenías en el escaparate. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí... creo que sí.

Esbozó una sonrisa resignada mientras daba un largo sorbo a su bebida y lanzaba miradas a su alrededor en busca de un milagro, una salida o algo que le diera un motivo para huir.

—En fin, supongo que ya nada volverá a ser lo que era.

Mientras el elfo se regodeaba en su desdicha, Autumn se ahogaba. Se sentía mal por el pobre elfo porque, aunque estaba claro que seguía muy enamorado de su mujer, parecía un buen hombre, y su propio duelo con Rhael estaba demasiado reciente como para convertirse en el paño de lágrimas de otro. Necesitaba resurgir de las llamas como un fénix y no podía hacerlo con alguien que todavía estaba estancado. Eso, y que le parecía el hombre más tedioso de Kramanta. Si no le diera tanta lástima, ya se habría largado.

—Por todos los dioses, ¡eres tú! —la sobresaltó una profunda voz de barítono—. No me lo puedo creer, ¡cuánto tiempo! Han sido... ¿ocho años?

Ante ella se erguía, imponente, un atractivo semidiós del fuego, de corto y rizado cabello níveo, en perfecto contraste con su tez oscura y sus ojos de obsidiana. Poseía una dentadura inmaculada, capaz de derretir las nieves perpetuas de Winderstall, y la pose

arrogante de quien sabe que nadie puede negarle nada. Pero lo que dejó patidifusa a Autumn no fue tal despliegue de encanto sobrenatural, sino el hecho de que, a pesar de su intromisión, podía afirmar con total seguridad que no le conocía absolutamente de nada.

—Es una lástima que estés reunida —continuó, haciendo un gesto significativo con la cabeza hacia el elfo—. De lo contrario, me encantaría que nos pusiéramos al día. Creo que tenemos mucho que contarnos.

El énfasis en sus palabras, añadido al sutil alzamiento de cejas que le regaló, fue lo que hizo que la bruja al fin comprendiera sus intenciones.

—¡Tienes razón! Hacía tanto que no nos veíamos que no te había reconocido. ¡Qué cabeza la mía! —Soltó una suave risa, con recato, antes de dirigirse a su cita—: Te ruego que me disculpes, Eldar, hace tanto que no veo a mi buen amigo que no puedo dejar pasar un segundo más sin conocer sus peripecias.

Eldar alternaba su mirada de uno a otro, sin decir nada. Era como si estuviera intentando procesar la situación, pero su cerebro estuviera en modo ahorro de energía.

—Pasa muy poco tiempo en la ciudad —continuó—, así que, cuando vuelve, me gusta aprovechar el tiempo con él.

—Es cierto. Y ha sido una suerte tremenda, porque esta noche pongo rumbo a Velkarnir de nuevo.

Los engranajes del elfo parecían haber encontrado su lugar, porque al escuchar al semidiós levantó las comisuras de los labios. Autumn supuso que probablemente estaría recordando la última vez que estuvo en Velkarnir con su exmujer. Sin embargo, para su sorpresa, no hizo mención alguna. En su lugar, se giró hacia ella, de nuevo perdiendo el brillo en la mirada, y le tendió su tarjeta de visita antes de murmurar:

—Gracias por quedar conmigo. Ha sido una cita agradable. Podemos quedar otro día, si quieres.

Autumn le regaló una sonrisa cordial que se leía como un «por supuesto», y se interpretaba como un «ni en tus sueños más osados». Entonces, con un asentimiento de disculpa cogió la tarjeta y se levantó para acercarse a la barra, donde acababa de apostarse su salvador.

—¿Sigue sentado? —le preguntó al desconocido en un susurro, aguantándose las ganas de mirar sobre su hombro.

—Espera, no te gires aún.

Autumn se sentía como si hubiera hecho algo malo. Sabía que no le debía nada a nadie más que a sí misma, aunque a veces le costaba recordarlo. Sin darse cuenta, empezó a pellizcar el asa del bolso con impaciencia. No quería que el cuero se cuarteara, pero era algo que solía hacer cuando estaba nerviosa. No podía evitarlo. Siempre se ponía a jugar con lo que fuera que tuviera entre los dedos en ese momento. Por fortuna, antes de que el bolso terminara con un daño irreparable, el atractivo extraño la obsequió con una media sonrisa.

—Listo, eres libre como un cervatillo de las montañas. De nada.

—Voy a ignorar que no has esperado siquiera a que te lo agradeciera, por esta vez —le devolvió la sonrisa—. No sabía cómo salir de la situación.

El semidiós le dedicó una mueca divertida y, con un gesto, llamó al camarero para pedirle un refresco de ambrosía y volvió a girarse hacia ella.

—Demasiado intenso para tu estado actual, ¿cierto?

—¿Tanto se me ha notado?

—Si fuera más estratégico, te diría que lo he deducido con mis poderes de semidiós, no obstante, a riesgo de perder mi oportunidad contigo, te diré que tu expresión de doncella en apuros era tan clara que solo te faltaban cuatro luces de neón para convertirte en el cartel de un bar de alterne. Y yo nunca dejo en la estacada a una señorita. En especial a una que luzca tan exquisita como tú.

Terminó la frase repasando a la bruja de la cabeza a los pies, con una expresión que sugería muchas cosas —cosas que no deberían hablarse en público—, y le dio un largo sorbo a su bebida.

Autumn abrió la boca para soltarle una réplica mordaz, pero se arrepintió a medio camino, así que, en su lugar, avisó al mismo camarero para pagar la bebida de aquel extraño individuo. Al fin y al cabo, la había salvado, y debía reconocer que, con todo y con eso, le caía simpático. El cruce de miradas que intercambió con su nuevo amigo le indicó que el hombre se hallaba tan desconcertado por su conducta como lo estaba ella. Y con razón. En condiciones normales, su fanfarronería la habría horrorizado e incluso repugnado, y estaba segura de que el joven lo sabía. Y aunque sabía que debía usarlo como estrategia para desarmar a sus conquistas potenciales, por algún absurdo motivo, en aquel momento solo lo encontró dolorosamente divertido.

—¿Te funciona alguna vez? Dime que no es esta tu estrategia de ligue habitual, por favor.

Su expresión azorada y la manera en que apartó la mirada le confirmaron que no se trataba del depredador que aparentaba ser.

—A partir de ahora, te aseguro que no. Córcholis, me has pillado. Supongo que ya no tengo nada que hacer contigo, ¿o sí?

—Creo que ya has quemado ese puente.

—Córcholis —repitió, provocando de nuevo la risa de Autumn—. Bueno, no me rindo con facilidad, te lo aseguro.

—Estoy convencida de ello.

Autumn lo observó con fascinación. Era la primera vez que hablaba con una semideidad. Sabía por testimonios en los libros y por alguno de sus conocidos que los habitantes del Olimpo eran seres peculiares. Encantadores, aunque en extremo egocéntricos. Capaces de hechizar a la más huraña de las criaturas con su carisma y de convertir su vida en un paraíso o en un infierno. Todo dependía de hasta qué punto les cayeras en gracia.

Y aquel muchacho, que se presentó como Kériac, resultó ser todo lo que Autumn no hubiera imaginado de alguien con su aspecto y su reputación. Al escuchar su nombre, las piezas empezaron a encajar. Se acordó de que, en la ciudad, tenía fama de devoracorraciones, aunque pronto descubrió que aquellos rumores no eran más que el producto de la alta sociedad amarillista del Olimpo, cuya tendencia siempre se inclinaba hacia la exageración de cuanto ocurría. No en balde eran quienes editaban El Susurro, el periódico más sensacionalista del reino de Kramanta.

Kériac le contó que se ganó esa fama al perder su corazón en una apuesta con minotauros —seres implacables y muy aficionados a los juegos de azar— dos milenios atrás. Durante siglos vagó por infinidad de ciudades y poblados, tratando de llenar el vacío de su corazón en la cama de las doncellas y donceles menos precavidos. Hasta que se cansó de aquella vida y de recibir demandas de paternidad no deseada y se construyó su propio corazón de gresita, una aleación mágica de piedra y pasta de papel. Aquel corazón postizo le ayudaba a controlar sus impulsos y a contar con una suerte de conciencia. Al menos, hasta cierto punto.

Tal y como había anticipado, a Autumn le parecía simplemente fascinante. Parlotearon durante más de una hora, durante la cual él le contaba cosas de su vida, mientras ella le escuchaba embelesada, jugueteando con su colgante.

—¿Ya te has enamorado de mí? —preguntó Kériac, con descaro.

—Ni un poco. Lo siento.

—Córcholis. Y yo que creía que estabas coqueteando conmigo. Déjame decirte que, si te pones a jugar con tus joyas de esa manera delante de alguien como yo, puedes meterte en problemas.

Autumn se ruborizó, pero no se amilanó. Dado su interés, le contó que el colgante se lo había regalado su madre cuando nació. Sostuvo la pequeña hoja de arce plateada que colgaba de la cadenita entre los dedos y se la acercó para que pudiera verla mejor.

—Muy hermosa. Delicada, aunque no sé si se puede decir lo mismo de la dueña.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como una ofensa —bromeó.

—Lo importante es lo que representa —respondió, sin comprometerse—. Está claro que tu madre y tú estáis muy unidas. —Los ojos de Autumn se ensombrecieron por un instante y se apresuró a dejar de nuevo el colgante sobre el pecho—. Lo siento.

Autumn le regaló una sonrisa apagada.

—Fue hace mucho tiempo.

—Intentaba parecer sensible, aunque veo que no es necesario contigo, así que seré brutalmente honesto: no estaba pendiente del colgante, sino de lo que hay detrás.

Kériac levantó las cejas de manera cómica y las mejillas de Autumn se encendieron como farolillos. Ya no le importaba que fuera una deidad. Se había ganado un golpe con el bolso. El descarado semidiós se echó a reír y la bruja no dudó en acompañarle. Si bien la cita que le había conseguido Iannur había sido un soberano desastre, había acabado encontrando algo mejor, mucho mejor.

—Te agradezco una vez más lo que has hecho antes, Kériac. No suelo tener pelos en la lengua, pero aquel hombre parecía tan deprimido...

—Ni lo menciones. Tomaré nota de ello como mi buena acción del siglo. Hacer una de vez en cuando es bueno para la salud.

Autumn frunció el ceño en una jocosa mueca de incompreensión.

—¿Del siglo?

—¿Olvidas que llevo unos cuantos milenios haciendo trastadas? Soy más viejo de lo que parezco.

A pesar de la vocecilla en su interior, que la espoleaba al grito de «¡Bruja irresponsable! ¿Cómo se te ocurre dejar la tienda cerrada tanto tiempo sin poner un cartel para avisar a tus clientes?», cuando Autumn llegó a su pequeño local comprendió que nadie se había

percatado de su ausencia. No esperaba una cola kilométrica en la puerta, pues su afluencia de clientes había bajado drásticamente en los últimos meses, pero le habría gustado sentir que su trabajo tenía cierta relevancia.

—Deberías cosechar ya las mandrágoras —le aconsejó Iannur en cuanto cerró la puerta tras de sí y dejó el bolso tras el pequeño mostrador de madera—. Esta noche es luna nueva, estarán en su punto óptimo.

Siguiendo su consejo, Autumn se acercó al pequeño terrario que tenía en la parte de atrás de la tienda: un sencillo invernadero de madera donde sembraba los cultivos que necesitaban mayor humedad y penumbra. Antes de abrir la tapa superior, se colocó los guantes y sus auriculares con cancelación de ruido para protegerse de las toxinas de la planta y de los gritos de la raíz, que podían ser mortales, y al fin tiró del tallo. De la tierra surgió una masa marronácea cuya silueta semejaba la de un duendecillo iracundo. El ser parecía gritar con todas sus fuerzas, pero la bruja se limitó a dejarlo en la bandeja que tenía ya preparada, junto al resto de raíces que llevaban secándose desde el mes anterior. Calculaba que, en dos o tres días, ya estarían lo bastante desecadas como para empezar a usarlas en sus cremas antiquemaduras. Entretanto, tendría que conformarse con las dos que le quedaban y rezar por que le durasen hasta entonces. Aunque sospechaba que aquello no sería un problema.

Cuando terminó de llenar la cesta de mandrágoras maduras, la dejó sobre la mesa de trabajo y volvió a salir a la tienda, a tiempo de escuchar las campanillas de la puerta tintinear con delicadeza. Como de costumbre, se dispuso a saludar con cordialidad a la persona recién llegada, pero la voz se le quedó atascada entre las cuerdas vocales cuando la suave corriente primaveral del exterior la obsequió con el sutil aroma de las lunarias, al tiempo que su poseedora se acercaba al mostrador y le sonreía con simpatía.

Por supuesto. Aquel sinónimo de perfección no podía asociarse a ninguna otra flor. La flor de la luna, tan blanca y pura como la que nos ilumina por las noches. La flor de la belleza.

Autumn casi dejó salir una carcajada. Casi. Empezaba a estar cansada de que el destino se burlara de ella de aquella manera.

—Tenía curiosidad por ver tu tienda —dijo Lurya, risueña, a modo de saludo, mientras se acercaba al mostrador—. Rhael me contó que tenías productos muy interesantes. Veo que no se equivocaba. —Los finos dedos de la recién llegada acariciaron el expositor de pociones para mejorar la concentración que tenía en el mostrador—. No me vendría mal uno de estos. Últimamente tengo la cabeza en las nubes.

—Están en oferta —barbotó Autumn, casi atropellándose con las palabras. Acto seguido notó cómo el calor subía hasta sus orejas. Se daba cuenta de que se encontraba de los nervios y de que debía de estar causando una pésima impresión, así que exhaló despacio antes de continuar, ya más calmada—. Conseguí más polvo de mantis del que necesitaba, así que preparé varias unidades más, y mis compradores están encantados.

En cuanto cerró la boca, se irguió, incómoda y frustrada por el mal rato que acababa de pasar. Odiaba que aquella mujer la hiciera sentir de esa manera. Pequeñita. Y lo peor era que estaba convencida de que se había percatado de todo y debía estar compadeciéndola por dentro. Sin embargo, sus miedos se desvanecieron cuando las comisuras de Lurya se levantaron con sutileza mientras cogía uno de los frascos entre sus dedos.

—Eres muy modesta. Si estuviera en tu lugar, alardearía de lo buenos que son mis productos, aunque supongo que por algo dejaste el listón tan alto. Se nota que has tenido buenos maestros. ¿Es un negocio familiar?

Se preguntó si aquella mujer habría ido a visitarla solo para marcar su territorio o si estaba siendo paranoica y tras su conducta no había más que genuina curiosidad.

—Se podría decir que sí... —Sonrió, azorada y mucho más tranquila. Tal vez aquel temor a ser juzgada fuera más infundado de lo que creía—. Lo abrí con mi abuela hará unos seis años. Ella también trabajaba aquí, pero lleva poco más de un año sin venir.

—Confío en que se encuentra bien de salud... —La miró a los ojos, con compasión, dejando a un lado uno de los amuletos contra espíritus malignos que estaba toqueteando.

—Sí, desde luego —la tranquilizó la bruja—. Es solo que se ha dado cuenta de que ya no tiene veinte años y ha decidido dejar a un lado su cabezonería y disfrutar de su retiro.

Lurya asintió satisfecha y continuó su paseo por la tienda, deteniéndose esta vez a curiosear las mesitas de madera repletas de artículos de exposición. Si de algo estaba orgullosa Autumn, era de la humilde a la par que exquisita colección de antigüedades y rarezas que destacaban entre pócimas y ungüentos: tazas de madera feérica de los bosques de Vëlyenn; tótems de las deidades menores a las que idolatraban los moradores del desierto de Junira; garras de guiverno transformadas en colgantes; amuletos de svartina, el legendario mineral draconiano de las lejanas Islas Cerúleas... Y Autumn sabía que, aunque a ojos de alguien que no estuviera interesado en aquellos artilugios sus productos podían parecer meras antiguallas sin valor, para otros, su tienda era un oasis repleto de pequeños tesoros por descubrir.

—¿Ves algo que te guste? —inquirió Autumn.

—Muchas cosas —respondió Lurya, regalándole una enigmática sonrisa—, sin embargo, creo que, por ahora, no puedes darme nada de lo que necesito.

—Si buscas un hechizo en específico y me das los detalles, puedo intentar crearlo. También acepto encargos particulares.

Autumn se apresuró a sacar su cuaderno de pedidos de debajo del mostrador y se preparó para apuntar, pero la visitante negó con la cabeza.

—Otro día, ahora tengo que irme, porque seguro que Rhael se está preguntando dónde estoy y le he contado una mentirijilla para poder venir a verte. Le he dicho que quería salir a comprarme ropa. —Rio—. No me delates, ¿eh?

—No, tranquila.

—Gracias, ya sabes cómo es, siempre pendiente... Se preocupa demasiado. —Se encogió de hombros—. Aunque supongo que contigo hacía lo mismo, ¿no?

—Sí —respondió Autumn. El nudo que oprimía su tráquea se hacía cada vez más presente.

—Habla mucho de ti, ¿sabes? A veces me hace sentir insegura. —Lurya se apartó un mechón de espeso cabello negro de delante de la cara y cogió uno de los botecitos de escamas de dragón para examinarlo a contraluz—. Buen género, por cierto. Debería comprar suministros, he gastado los que tenía. —Volvió a dejar el frasco en su sitio antes de continuar su discurso, con un suspiro de alivio—. Aunque imagino que no tengo motivos para preocuparme. Ya llevamos más de medio año juntos y las cosas nos van muy bien. Estamos organizando nuestro próximo viaje, de hecho. Hemos pensado... —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba antes de convertirse en una perfecta O—. Cielos, te pido disculpas. He dado por hecho que podía contarte todo esto porque ya habías pasado página sin preguntarte siquiera. No te importa, ¿verdad? Quiero decir, tú ya no...

—No —la interrumpió Autumn, tajante—, claro que no. Ya no siento nada por él. Es solo un episodio de mi pasado, nada más. No te preocupes. —Forzó una sonrisa.

—Menos mal. Tampoco me sorprende. Al fin y al cabo, eres una mujer de negocios y sabes lo que quieres. Aun así... me habría sentido como una arpía si hubiera metido la pata de verdad. La gente a veces me tacha de insensible, pero te aseguro que, en el fondo, tengo mi corazoncito.

Y con esas últimas palabras, Lurya se despidió de Autumn, no sin antes prometerle visitar la tienda otro día para comprar alguno de sus productos, antes de salir del local. Autumn siguió a aquella mujer tan peculiar con la mirada hasta que desapareció de su campo de visión y solo entonces sintió sobre sus músculos el enorme peso de la tensión que había acumulado con la visita inesperada.

Para entonces, el sol empezaba a esconderse tras los rascacielos del distrito de negocios de la ciudad y Autumn se encontró observando la estampa con embeleso a través de los cristales del escaparate. A contraluz, se dibujaban en el cielo nubarrones que simulaban enjambres de alguna clase de insecto con mala uva. Brujos, demonios, elfos oscuros... la lista de seres que poblaban durante el día aquella zona era extensa, no obstante, a Autumn no le resultaba extraño. Al fin y al cabo, Kramanta era la capital del reino; una ciudad próspera que acababa atrayendo a criaturas de todo el continente de Arkonia que acudían atraídas por la extensa oferta de trabajo.

Cada vez que se volvía consciente del bullicio de la ciudad y lo comparaba con la quietud de su tienda, se preguntaba si aquel era su lugar. Si aquello era todo lo que la vida podía ofrecerle. ¿Cómo la había llamado Lurya? ¿Una mujer de negocios? A Autumn le entraban ganas de reír solo con pensarlo. Si ella supiera...

—No sé qué le pasa a esa chica, pero no me cae bien —comentó Iannur.

Autumn sabía que debía haberle supuesto un esfuerzo colosal mantener su pequeña boca digital cerrada, y no pudo evitar soltar una risita cómplice.

—Me dijiste lo mismo de aquella mercadera que no quiso venderme el polvo de cuerno de unicornio, ¿recuerdas? Lo que pasa es que mi pequeño Iannur me quiere demasiado, ¿a que sí? —bromeó Autumn, con un tono tan agudo como el que se usa con los bebés.

—¡Por favor! —se quejó el dispositivo, con fingido desdén—. Compórtese, señorita bruja. Soy un familiar profesional, merezco un respeto.

—Si tuvieras mejillas, ¡te las estrujaría ahora mismo!

La conversación con Iannur le había recordado que no le quedaba polvo de viuda negra y, teniendo en cuenta lo difícil que era encontrarlo en aquella época del año, decidió que lo más inteligente sería acercarse al mercado a buscarlo antes de que cerraran. Odiaba pedir ciertas cosas por correo porque siempre se perdían, aunque empezaba a pensar que, si no lo encontraba aquella tarde, no tendría más opción.

Todavía quedaban dos horas para el cierre de su tienda, pero la ventaja de ser su propia jefa era que no tenía que dar explicaciones a nadie, así que, tras limpiar el aparador de pociones que tenía tras el mostrador, embotellar trece frasquitos de crema hidratante para sirénidos y meter en bolsitas los hechizos contra la rigidez muscular que solían comprar los ángeles de la zona, para sus alas, dio la jornada por finiquitada y salió rauda hacia el mercado. Tan solo esperaba no llegar demasiado tarde. Con su suerte, a lo mejor le decían que se habían extinguido todas las arañas del planeta.

Pese a todo, y aunque se sentía agotada tras los acontecimientos de aquel día, cuando llegó y la ya familiar mezcla de aromas dulces y pestilentes, penetrantes y delicados que recorría el mercado llegó hasta ella, no pudo evitar sentirse como en casa. Regateos a voz en grito, el tintineo propio del intercambio de monedas y algún que otro lloriqueo... ingredientes de un mundo caótico en el que Autumn se sentía como pez en el agua.

Por un momento, la gula se apoderó de ella y le rogó a gritos que se olvidara de su objetivo y se paseara por la zona gastronómica del mercado, aunque consiguió dominar sus impulsos a tiempo y se metió de lleno en la zona de venta de ingredientes a granel.

Por desgracia, no encontró el polvo de viuda negra en ninguno de los puestecitos, sin embargo, se animó cuando, en su búsque-

da, halló una verdadera ganga. Las escamas de pescado volador estaban de oferta y aquello era tan extraño como encontrar una moneda de oro en los zapatos.

Entusiasmada, se apresuró a llamar la atención del vendedor entre el bullicio del gentío, mas antes de que el hombre se girara hacia ella, sintió una doble vibración en su muñeca.

—Iannur, ¿qué pasa? —preguntó, alertada, acercando el dispositivo a su boca para no tener que alzar la voz.

—Es esa presencia otra vez.

El corazón de Autumn se saltó un latido y notó cómo su cuerpo se ponía en guardia. Si era una criatura espectral, ¿por qué no se había manifestado ante ella? ¿Por qué no podía sentirla?

—¿Es la misma que percibiste en casa el otro día? ¿Quién es? ¿Es hostil?

—No estoy seguro, pero no creo que sea una coincidencia.

Autumn no sabía qué hacer. Iannur solo había actuado de aquella manera en dos ocasiones. La primera, cuando una familia de trasgos hackeó el sistema e hizo creer a todos los portadores de brazaletes inteligentes que un meteorito se dirigía hacia su ciudad. Les cayó una buena a esos trasgos.

La otra fue cuando el fantasma de una niña, desesperada por encontrar a alguien que la entendiera, se puso en contacto con ella para dar con su familia en el plano espectral. Fue un caso atípico, pues, a pesar de que normalmente podía sentir por sí misma las presencias espirituales, sin ayuda de Iannur, aquel espíritu estaba tan debilitado, debido a las veces que había intentado incursionar en el mundo terrenal, que fue incapaz de acercársele de manera natural.

A pesar de que Autumn llevaba una tienda de pociones, su verdadero poder no residía en las mezcolanzas que podía elaborar, sino en su habilidad ancestral. Provenía de una estirpe de brujos que, siglos atrás, habían firmado un acuerdo con los señores del inframundo para poder contactar con espíritus y llevar a cabo rituales de nigromancia. La prueba de ello eran los ojos de vivo

fuego naranja que compartían todos los miembros de su familia desde que sellaron ese pacto.

Sin embargo, Autumn se avergonzaba de llevar en sus venas la misma sangre que aquellos brujos sin escrúpulos. Sus antepasados se pusieron las botas estafando a familiares afligidos, haciéndoles creer que debían realizar caros rituales sagrados para asegurar el paso de las almas de sus seres queridos a los diferentes paraísos. Por eso no le gustaba hacer alarde de su poder, aunque, desde hacía generaciones, su familia había cambiado de rumbo y ya solo utilizaba su capacidad para contactar con la esfera espectral cuando con ello podían ayudar a alguien.

Su mayor orgullo era saber que habían intervenido en las Guerras Sépticas, doscientos años atrás, salvando a miles de almas de las afiladas garras de súcubos y demás entes carroñeros, que esperaban con paciencia su compensación por su participación en el bando demoníaco. Su familia había sido muy valorada por su capacidad nigromántica para identificar almas secuestradas a punto de ser devoradas. Desafortunadamente, cada vez que con su ayuda se malograba alguna de las estrategias del enemigo, éste contraatacaba de algún otro modo atroz. Por eso, las Guerras se alargaron durante casi una década, en la que el horror, la hambruna y las enfermedades dejaron a miles de brujas, hadas, elfos, demonios, ogros y gigantes sin hogar y sin familia. De ahí el nombre. Autumn se estremecía cada vez que su abuela le explicaba esa historia. Le contaba cómo siempre que se firmaba un acuerdo o se llegaba a alguna suerte de tregua, alguien lo rompía. No solo desde el bando demoníaco, pues el de los suyos también había sido responsable de numerosas tragedias. Y no fue hasta que los clanes principales de cada raza firmaron el Tratado de Velyënn —entre ellos, el aquelarre Avond—, que se instauró la paz definitiva. Con el Tratado, al fin se sentaron las bases para crear una comunidad verdaderamente armónica entre criaturas sapiofágicas —que se alimentaban de seres pensantes— y criaturas que procuraran su alimento de otras fuentes, sin temor a

que un ciudadano pudiera perder la cabeza un día y devorar a su compañero de oficina.

Hacía, por tanto, siglos que su familia no tenía que hacer un uso tan intensivo de sus poderes. Tal vez por eso, con el paso del tiempo, habían perdido fuerza mágica y ciertos rituales les dejaban física y mentalmente agotados. Podían incluso ser ineficaces o peligrosos.

—Creo que el ente intenta decirnos algo —continuó Iannur—. Pero no sé qué es. Hay demasiadas interferencias aquí como para que pueda distinguir su presencia de las del resto.

La joven echó un vistazo a su alrededor y no pudo evitar darle la razón a su amigo digital. El mercado estaba a rebosar y que acabara de empezar la hora de las rebajas no ayudaba, así que decidió dejar su compra de ingredientes para otro día y salió de aquel lugar. Pero, cuando estaba a punto de cruzar el puente del río, notó cómo vibraba de nuevo su muñeca, y un intenso escalofrío recorrió su cuerpo. Una sensación que, como bien sabía, solo podía significar una cosa: había un espíritu cerca y estaba tratando de comunicarse con ella. Su aura no se parecía a la de ningún otro espectro con el que hubiera tratado. Era más potente, más terrenal que cualquiera con la que hubiera interactuado.

Durante un momento, sintió que su fuerza mágica la abandonaba. El mundo ante sus ojos se volvió borroso y lleno de pequeñas motas de colores, y tuvo que apoyarse en una farola para no perder el equilibrio.

Iannur empezó a llamarla por su nombre, preocupado, mientras ella luchaba por mantener la consciencia. Respiró despacio y en profundidad para absorber toda la magia disponible del entorno, con lo que poco a poco empezó a sentirse mejor. Sin embargo, aquella energía seguía allí y antes de que le diera tiempo a recuperarse por completo, volvió a sentirse mareada.

Sin perder un segundo, se puso en pie y, a trompicones, emprendió el camino a su casa a paso ligero, esperando que aquel ser que le estaba chupando la energía desde otro plano tuviera paciencia

suficiente para no hacer que se desmayara a mitad de camino. Por fortuna, la presencia debió de darse por aludida, porque la intensidad de su tracción espectral disminuyó lo bastante como para permitirle llegar.

No fue consciente de lo tensa que había estado hasta que entró por la puerta y sintió cómo el peso de diez vidas se posaba sobre sus omóplatos, que crujían como carracas al intentar estirarse. Pero no tenía tiempo de relajarse. La extraña presencia que había sentido no la había abandonado y seguía lanzando tenues oleadas de energía que rebotaban contra su centro mágico.

Autumn volvió a llenar sus pulmones con lentitud, intentando serenarse. Sabía que tenía que hacer algo al respecto o aquel espectro la drenaría por completo, aunque, para ello, necesitaba estar en pleno uso de sus facultades.

Con presteza, se dirigió hacia la sala de invocaciones que había montado en el ala norte de la casa y que apuntaba hacia la esfera espectral. Allí, empezó a colocar las velas de cera magmática de sus ancestros alrededor del pentagrama dibujado en el suelo, y, tras situarse en el centro, con los brazos extendidos, inició el rito de transmigración que su familia había perfeccionado con el paso de los siglos. Un ritual que le permitiría traspasar una pequeña parte de su poder al ente para que, desde ese momento, pudieran comunicarse sin temor a perder el conocimiento, ya que la energía espectral, en estado salvaje, actuaba como un vórtice para la magia arcana.

Mientras las velas se derretían y las llamas llenaban la sala del olor de las cenizas, las manos de la bruja bailaban gráciles y dibujaban intrincadas figuras en el aire.

Hacía calor, mucho calor, y sentía como se le pegaba la camiseta a la piel, pero sabía que debía soportarlo. Necesitaba estar concentrada para poder llevar a cabo el conjuro y era consciente de que un pequeño error podía ser fatal. Su corazón latía desbocado y miles de pensamientos de aire catastrofista se agolpaban en su cabeza, por más que intentara mantener la mente en blanco. No se fiaba de

la magia espectral. La incomodaba. La aterrorizaba. Sin embargo, era parte de ella. Una parte de la que no podía deshacerse, muy a su pesar, así que no le quedaba más remedio que utilizarla de vez en cuando y desear con todas sus fuerzas que no le estallara en la cara.

Cuando al fin bajó los brazos, escrutó la habitación, aún sin salir del círculo arcano. Si bien no vio nada fuera de lo normal, sentía en cada poro de su piel que, aunque no pudiera verlo, había alguien más en aquella sala. Con cautela, trató de entablar conversación con el ente y se armó de paciencia. La transmigración todavía estaba fresca y el espíritu necesitaba aclimatarse a la esfera terrenal.

—Ahora deberíamos ser capaces de comunicarnos. Intenta mover algo de la sala si comprendes lo que digo.

A pesar de que seguía sin poder ver el flujo de energía, lo sentía, y la respuesta no se hizo de rogar. En pocos segundos, la macetita de violetas que tenía en la mesa se agitó, al son de una música silenciosa, y no pudo evitar sonreír. Saludó al ente con simpatía mientras seguía con la mirada el rastro de objetos que se movían al ritmo en que suponía que lo hacía el flujo espectral.

Al darse cuenta de que la ventana de la habitación empezaba a empañarse, salió del círculo para acercarse a ella. En el cristal, un dedo invisible dibujaba una carita contenta.

—¿Puedes intentar hablar?

Aguzó el oído, pero nada sucedió, por lo que concluyó que debía ser demasiado pronto. El lenguaje oral era siempre lo último que aparecía en aquella clase de intercambios. Por toda respuesta, en la ventana apareció dibujada una carita triste.

—No te preocupes, podemos comunicarnos así por ahora. ¿Cómo te llamas? —En el cristal solo apareció un dibujo idéntico al anterior—. Espera... ¿No recuerdas tu nombre?

Un nuevo rostro, esta vez sonriente, se dibujó en el cristal, aunque, en esa ocasión, el misterioso artista añadió también una lágrima al diseño. Por algún motivo, ese gesto le hizo mucha gracia. Se hallaba desconcertada. Era la primera vez que se topaba con un

espíritu amnésico y no estaba segura de hasta qué punto podría ayudar a alguien que solo podía comunicarse mediante dibujos, sin embargo, sabía que debía intentarlo. Si había acabado cruzándose en su camino, debía de ser por algún motivo. O como su abuela solía decir: «El destino se mueve de maneras insospechadas, pero siempre acierta».

—No te preocupes, descubriremos qué te ha ocurrido, te lo prometo. Hasta que lo averigüemos, creo que te llamaré Ciaran, ¿te parece bien?

Y a pesar de que podría haber respondido de mil maneras, de todas ellas, la que apareció dibujada en el cristal fue una hoja de arce guiñando un ojo. Un gesto que, aunque arbitrario en apariencia, fue lo que acabó de convencerla de que aquel intercambio iba a ser más interesante de lo que creía.

Capítulo 3

SAPOS Y CULEBRAS



—Sé que es de muy mala educación preguntártelo así, pero ya me estoy quedando sin ideas. ¿Se puede saber qué eres?

La voz de la bruja resonó en el interior del caldero que llevaba un rato intentando pulir. Había recibido un pedido de caléndula y una cajita con alas de diablo y estaba ansiosa por preparar la nueva poción capilar que llevaba tiempo cuajando en su mente. Y dado que siempre había sido proclive a ser multitarea, como toda buena bruja que se preciara, mientras rascaba el fondo de hierro frente a ella, no despreciaba un segundo en su afán por ayudar a su visitante.

—¿Quieres decir, además de una voz en tu cabeza que solo puedes oír tú y que te hace plantearte si tienes alucinaciones?

El tono jocoso de Ciaran inundó la cocina y le provocó una fresca carcajada a la bruja, quien deseó por un momento que el espectro fuera material para atizarle con el cucharón.

Llevaba las últimas cuarenta y ocho horas de su vida conviviendo con él, y todavía se creía lejos de comprender su naturaleza. Al principio, solo podían comunicarse a través de superficies empañadas y mediante iconos, pues, aunque el hechizo de transmigración permitió que el ente entendiera su idioma, no parecía capaz de reproducirlo por escrito.

Con el paso de las horas, empezó a transmitir pensamientos y sensaciones a la mente de la bruja, hasta terminar siendo capaz de mantener una conversación coherente. Aun así, Autumn seguía sin comprender quién era y qué quería de ella. Solo sabía tres cosas: que su voz era grave y dulce, agradable al oído; que albergaba un ingenio agudo, a juego con su mordaz sentido del humor y que, considerando aquellos aspectos, debía de tratarse de un espectro joven. Aquello la entristecía, en cierto modo. No podía evitar preguntarse qué tipo de vida habría dejado atrás. ¿Le echarían de menos? ¿Habría cumplido todo lo que se propuso en vida antes de enfrentarse a su final? Hacerse esas preguntas agotaba emocionalmente a la bruja, pues la empatía, aunque útil, no era el mejor atributo que podía poseer una invocadora de almas.

Dos noches después del ritual, estaba tan perdida como al principio y empezaba a mosquearla no saber cómo ayudar a su nuevo inquilino.

Primero, intentó hacer una invocación inversa, es decir: enviar su espíritu de vuelta al mundo de los difuntos, no obstante, todo lo que obtuvo fue un punzante dolor de cabeza a cambio. Después, pensó en lanzarle un conjuro de recuperación de recuerdos. El problema, era que no tenía un cuerpo físico al que hechizar, y, por el mismo motivo, tampoco podía darle una poción. Aquello la frustró sobremanera, porque sabía preparar una que siempre había dado resultados excelentes. Finalmente, en vista de su fracaso, había analizado su libro de hechizos en busca de otros posibles conjuros que pudieran mandar al espectro de vuelta al lugar de donde vino, fuera cual fuera, pero fue en vano. Nada de lo que probó funcionó.

Era consciente de que sus habilidades como nigromante no podían compararse con las de sus ancestros. Sus bisabuelos ya habían resuelto dejar de jugar a ser dioses tiempo atrás, y sabía que la falta de uso debía de haber hecho mella en su don generación tras cada generación; sin embargo, no creía que eso fuera todo. Y no es que fuera realmente una novata en el contacto espiritual, pues, muy a su pesar, ya había efectuado aquel ritual unas cuantas veces a lo largo de su vida. Aun así, era la primera vez que parecía haberse quedado a medias... Porque el problema no era solo que no pudiera mandarlo de vuelta a su mundo, sino que tampoco era capaz de sacar por completo el alma de aquel ser del plano espectral para vincularlo al terrenal y eso la fascinaba e incomodaba a partes iguales. Así que, aunque al principio habría apostado su mano izquierda a que Ciaran era un fantasma, visto el escaso éxito de sus esfuerzos, ya no lo tenía tan claro.

—Hablo en serio —continuó la bruja, dejando a un lado el cepillo con el que fregaba el caldero—, ya no sé qué pensar...

Ciaran se disculpó con una leve risa en su voz y Autumn volvió a sumirse en sus cavilaciones mientras procedía a aplicar la capa antiadherente que faltaba.

—No descarto que seas un fantasma corriente, pero si es así, mis poderes están peor de lo que pensaba —murmuró, más para sí misma que para el espectro—. O puede que seas un fuego fatuo. Leí algo sobre su capacidad para viajar entre esferas. Puede que migraras sin querer al plano espectral y te quedaras atrapado allí.

—¿Y eso me haría perder la memoria?

—Esa es una muy buena pregunta.

Autumn dejó salir un suspiro y desató la cuerdecita que envolvía el tapón del bote de esencia de caléndula, antes de derramarla dentro del caldero.

—Si te soy sincero, ya no sé qué pensar. No sé si existo realmente, si soy una sombra, una idea o una sensación. Todo lo que recuerdo es que, de repente, un día me vi vagando por este lugar y

algo me atrajo a esta casa. La sobrevolé, pero como no sabía lo que buscaba, me fui. Viajé por el mundo y, al principio, era divertido. Visité las montañas, el castillo de cristal y la torre de obsidiana; atravesé parques y dancé al ritmo de la música de los trolls de la parte baja de la ciudad. Pero algo dentro de mí me seguía trayendo hacia aquí, hacia ti.

Una corriente de aire frío recorrió la espina dorsal de la bruja, pero no se detuvo a indagar en su significado. Siempre le había guardado un profundo respeto al plano espectral y a todo lo que de allí salía.

—Por eso te busqué en el mercado —continuó—. Quería que notaras mi presencia, aunque no sabía si lo conseguiría.

—Me diste un susto de muerte —admitió su interlocutora, alejándose de la mesa para coger un pequeño frasco iridiscente de su alacena y un poco de aloe—. Los espíritus con los que me cruzo no siempre son agradables. Algunos pueden llegar a ser muy hostiles.

El sonido de un timbre agudo salió de la muñeca de Autumn para darle la razón. Era el modo en que Iannur expresaba su acuerdo de manera no verbal. Aunque tal vez la línea que separara el ding-ding-ding robótico de su parloteo habitual fuera demasiado fina como para considerarlo como tal.

—Imagino que te habrás encontrado de todo. Estoy seguro de que eres una bruja muy poderosa. —Autumn dejó que una carcajada amarga brotara de sus cuerdas vocales mientras vertía los ingredientes en el recipiente y los removía con un giro de muñeca—. ¿He dicho algo gracioso?

—Me da que no tienes muy buen ojo, Ciaran.

El brebaje empezó a adquirir un color macilento que la textura gelatinosa del aloe no mejoró. Sin amedrentarse, Autumn abrió uno de los cajones de la mesa y, con un pícaro brillo en los ojos, sacó de allí las alas de caballito del diablo.

—¿Por qué dices eso?

Autumn se tomó su tiempo antes de responder, afanada como estaba en moler las alas a golpe de mortero.

—Porque como hechicera soy bastante mediocre, en realidad.

Ciaran guardó silencio. La bruja sabía que había sido demasiado sincera. Imaginaba que su acompañante no sabía qué decir y no podía culparle. ¿Cómo respondes a una declaración como esa?

—Oye, no te sientas mal, de verdad. No es algo que me quite el sueño —le tranquilizó, con suavidad—. Solo reconozco mis limitaciones y las acepto.

—No me siento mal, al menos no por lo que piensas —respondió al fin el espectro—. Es solo que no estoy de acuerdo. ¿No crees que estás siendo un poco dura contigo misma?

—No me conoces, Ciaran.

—Tal vez, pero soy observador y sé reconocer perfectamente un fraude cuando lo veo, y tú, bruja, estás muy lejos de serlo.

Una parte de Autumn quería creerle, pero otra, la que se había enquistado como un tumor en su interior desde hacía años, le recordaba que nada era tan sencillo. Que debía tener los pies en el suelo y fiarse solo de lo que pudiera probar.

—Por cierto, ¿tengo que seguir llamándote bruja?

Autumn enarcó una ceja ante la pregunta, mientras vertía el polvo de insecto en el mejunje del caldero.

—¿Qué quieres decir?

—Llevamos dos días juntos y aún no sé cómo te llamas.

La pasta mucosa del principio se volvió más densa y adquirió un tono lechoso. A juego con la tez de la bruja. No se lo podía creer. Había estado tan obcecada en investigar la identidad del fantasma, que había perdido las formas más básicas. Azorada, se apresuró a presentarse al fin.

—Autumn —repitió la voz, pronunciando su nombre casi como si lo saboreara—. Me gusta, hace juego con tu mirada. ¿Te había dicho ya que me fascinan tus ojos? Me recuerdan a una puesta de sol en otoño.

Autumn sintió cómo se le secaba la boca. Aquello la había tomado desprevenida. Si su rostro se había vuelto antes del color de la tiza, con aquel comentario, sus mejillas se encendieron como farolillos y un millón de hormigas se arremolinaron en su interior.

—¿De verdad me vas a venir con esa horterada?

Enseguida se percató de su error. Había respondido rápido, demasiado rápido, y no quería que el fantasma se diera cuenta. Estaba avergonzada de que su cuerpo hubiera reaccionado de aquella manera por un pequeño cumplido.

Sin embargo, su intento de disimular cayó en saco roto. Era demasiado tarde. Aunque no pudiera verlo, Autumn estaba segura de que Ciaran estaba disfrutando de su pequeño triunfo. Y estaba claro que pensaba aprovecharlo.

—No te lo diría si no fuera cierto —declaró con descaro—. ¿Quieres que siga piropeándote? Podría pasarme el resto del día haciéndolo.

—Ni se te ocurra. Déjalo, o te convertiré en un sapo invisible.

—Primero deberías saber hacia dónde dirigir tu conjuro, ¿no? Veamos, tus labios... —dijo, haciendo un claro esfuerzo por ocultar su risa.

—Eres hombre muerto.

—Lo sé, por eso estoy aquí... ¡Y yo que pensaba que eras más lista!

Sin pensarlo dos veces, Autumn lanzó el cucharón hacia el lugar desde el que venía la voz, manchando la pared de mejunje verde, y la risa de Ciaran inundó la sala.

Sabía que solo estaba metiéndose con ella y con lo aparentemente fácil que le resultaba convertirse en una amapola con patas, pero no podía evitar que su cuerpo reaccionara de aquella manera. Era la primera vez que pasaba tanto tiempo con un hombre desde su última relación, por lo que lo más probable era que sus hormonas estuvieran bailando la danza salvaje de las ninfas en aquel momento.

Por suerte, Ciaran decidió darle un respiro, así que, agradecida, recogió el cucharón y volvió a centrarse en su caldero, que ya había empezado a adquirir la textura que ella esperaba. En sus labios se dibujó una sonrisa triunfal cuando sacó un fajo de pelo del cajón y depositó sobre él una gota de aquella crema. El producto empezó a brillar a medida que Autumn dejaba que penetrara entre las fibras. Segundos después, aquel fardo se había convertido en una suave cortina de cabello brillante y Autumn dejó salir un gritito de emoción, sin embargo, su ilusión se apagó tan rápido como había empezado.

—¿Qué ocurre?

—No ha funcionado. No lo entiendo, estoy segura de que no me he saltado ningún paso.

Aquel mágico resplandor se había opacado con rapidez y dejaba entrever varias fibras secas y dañadas. Frustrada, decidió dar por zanjado el experimento, al menos por aquella noche, y empezó a recoger.

Chasqueando la lengua, Autumn se puso a rascar una vez más, con ganas, las paredes del caldero con el estropajo. Ciaran empezó a parlotear sobre algunos de los lugares que había visitado en el reino antes de encontrarse con ella. La hechicera asentía de vez en cuando o emitía algún sonido de aprobación ante su relato, pero había perdido las ganas de hablar. Seguía dándole vueltas al fracaso de su crema de brillo permanente.

Cuando se cansó, decidió dejar que la magia siguiera por ella. Dibujó unas runas en el aire y el estropajo comenzó a bailar un vals consigo mismo alrededor de aquella olla. Ella aprovechó para servirse un vaso de zumo de fresones de Anka Tohr. Sabía que a la gente, por norma general, no le gustaban especialmente ni aquella bebida ni la región de la que provenía, pero también había muchos prejuicios en el mundo y no era de extrañar que importar alimentos de una región habitada por orcos causara cierta controversia en términos de salubridad. Sin embargo, había tenido la oportunidad de viajar allí cuando era pequeña, con su madre, y había apren-

dido de primera mano que cualquier rumor que hubiera surgido de aquel lugar en cuanto a sus condiciones higiénicas, no era más que eso: habladurías sin sentido.

Y qué buenos fresones tenían.

—Entonces, ¿crees que soy un fantasma? —volvió a sacar el tema Ciaran.

Para ganar tiempo, Autumn empezó a mover su vaso en círculos, con lentitud, dejando que los posos de zumo se disolvieran en lo que quedaba de líquido. No sabía qué responderle. En su experiencia, sabía que algunos espíritus podían ser muy sensibles con respecto a las circunstancias que pusieron fin a su vida y, aunque quería que recuperara la memoria, no sabía cómo abrir ese tema sin herirlo.

—Supongo que tiene sentido —continuó—. Desde que desperté en mi estado actual es como si me estuviera olvidando de algo... No sé cuánto tiempo llevo así. No recuerdo haberme sentido nunca de otra manera.

—Puede que hayas dejado algún asunto pendiente. Es algo común en los fantasmas. No digo que lo seas, no lo sabemos aún, pero encaja. Esa sensación que describes...

—¿La de sentir que mi vida es un rompecabezas al que le falta una pieza?

—Sí. —Sonrió—. Puede que eso sea justo lo que está pasando.

Ninguno dijo nada durante unos segundos. Autumn sabía que el ente necesitaba un tiempo para procesarlo y no pensaba atosigarle. Bastante tenía ya con lo suyo. Al fin y al cabo, estaban debatiendo sobre la posibilidad de que estuviera muerto y hubiera dejado atrás algo o a alguien importante en su vida.

—Supongo que tienes razón.

Autumn soltó un suspiro, aliviada, mientras se disponía a fregar con soltura el vaso, ya vacío, y dejarlo en el escurridor.

—Y está claro que voy a tener que ayudarte a averiguarlo, o no habrías llegado hasta mí. —Una sensación de vacío se apoderó repentinamente de la bruja—. ¿Ciaran? —preguntó.

Pero no obtuvo respuesta.

Puso los ojos en blanco mientras murmuraba para sí un «ya estamos otra vez». Olvidaba que había descubierto algo más de su nuevo amigo: tendía a desaparecer sin previo aviso durante horas y, cuando regresaba, no recordaba dónde había estado. Una pieza más a encajar en aquel Tetris de sinsentidos.

Como sabía que no podía hacer nada más, se encogió de hombros y se dirigió a su habitación. No se había dado cuenta de lo tarde que era y al día siguiente le tocaba hacer inventario, así que, sin llegar a desvestirse, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Mientras conciliaba el sueño no contaba ovejas. En su lugar, pensaba en aquel desgraciado sucedáneo de fantasma que había irrumpido en su vida. No tenía ni idea de cómo ayudarle, pues los pasos habituales no parecían funcionar con él, pero no pensaba rendirse. No podía permitírselo. No otra vez.

A la mañana siguiente, se llevó la segunda sorpresa de la semana.

Un cielo encapotado, que anunciaba una lluvia más que necesaria tras el seco verano que habían vivido el año anterior, daba los buenos días a la ciudad. Casi como si se hubiera puesto de acuerdo con el clima, Iannur se había despertado especialmente belicoso y se había pasado todo el camino hasta la tienda insistiendo en que Autumn debía darle una segunda oportunidad al centauro con el que había quedado el domingo anterior. Tanto la saturó, que la joven se prometió ajustar el filtro de cabezonería del aparato en cuanto llegaran al local.

Sin embargo, eso nunca ocurrió. En cuanto puso un pie dentro de su tienda, se percató de que algo no iba bien. A pesar de que la cerradura de la puerta estaba intacta, percibía restos de energía desconocida en su interior. Solo ella tenía las llaves y hacía años

que no necesitaba ayudante. No desde que la crisis del polvo feérico había azotado la ciudad y la gente había empezado a controlar más en qué gastaba su dinero.

No obstante, el don de la reflexión nunca se había encontrado entre los fuertes de Autumn. De ser así, tal vez no se habría adentrado en las entrañas de su botica sin haber trazado antes un plan o, como mínimo, haber avisado a los guardianes de la ciudad.

—A veces me sorprende que hayas llegado entera a la edad que tienes —la regañó Iannur, en voz baja—. ¿Se puede saber qué cuernos estás haciendo?

—¿A ti qué te parece?

Autumn chistó a Iannur y se acercó al mostrador despacio, controlando sus pisadas. El suelo de madera crujía ligeramente bajo sus pies, pero no lo suficiente como para revelar su posición.

—Autumn, sal de aquí.

—¡Chist! ¿Quieres que nos descubran? Sé que también lo percibes.

La bruja cerró los ojos y concentró sus energías en escuchar con atención, pero lo único que le llegó fue el sonido pesado de su respiración y el del bullicio del exterior. Con el ceño fruncido y el máximo sigilo posible, se acercó despacio a la puerta que daba a la trastienda.

—Alguien ha estado aquí hace poco —murmuró la bruja, con la mano en el pomo, analizando el aura alrededor del metal.

—¿Cómo sabes que no siguen en la tienda?

—Lo sabré en cuanto eche un vistazo.

—Muy tranquilizador.

Ignorando el tono burlón de su familiar, Autumn abrió la puerta y se aventuró hacia la oscuridad del trastero. Aunque no percibía ninguna presencia activa, no quería confiarse, así que palpó con los dedos la pared a su izquierda y, con su otra mano, conjuró las runas que necesitaba.

Unas finas líneas plateadas recorrieron el leve desconchado de aquel muro hasta llegar a sus dedos. Los restos de energía le de-

jaron una sensación de cosquilleo en las yemas, pero también la absoluta certeza de que, quienquiera que hubiera estado en aquella sala, ya se había ido.

Con un suspiro, Autumn tranquilizó a Iannur y encendió la luz al fin, para evaluar los daños. No guardaba nada de valor, así que se preguntaba qué podría querer un ladrón de su tienducha local. Ciertamente era que tenía algunos ingredientes difíciles de conseguir en su inventario, sin embargo, no eran tan valiosos como para arriesgarse a delinquir para conseguirlos. O al menos eso pensaba.

Tras dejar el bolso sobre el contador, se arremangó y se dirigió a la trastienda, dispuesta a encontrar lo que le faltara. Rebuscó veinte cajones, removió trescientos botellines y tiró al suelo una cesta llena de saquitos con polvo de escarabajo. Su confusión creció aún más cuando se percató de que no le faltaba nada. Ni en el trastero ni en la tienda ni en el escaparate. Artículos de importación, colas de salamandra, ceniza de sauce llorón, polvo de cuarzo rosa, plumas de fénix, todo parecía estar en su sitio.

Cuando abandonó el último estante, lleno de pócmas para criaturas marinas, se dejó caer sobre el taburete que tenía junto a la caja registradora y se pasó una mano por el cabello, con resignación. No entendía quién se tomaría tantas molestias para entrar de manera clandestina en su negocio e irse con las manos vacías.

No tenía sentido.

Autumn perdió la cuenta de los minutos que se pasó sopesando qué hacer. ¿Debía llamar a los guardianes de la ciudad? ¿Y qué les diría? ¿Que quería denunciar un allanamiento en el que no había ocurrido absolutamente nada? No tenía pruebas, no tenía pistas.

Tan inmersa se encontraba en sus pensamientos, que cuando escuchó el sonido de la campanilla de la entrada dio un pequeño brinco sobre su asiento.

—¡Visita sorpresa, Ojazos!

Una voz aguda, cantarina y ligeramente nasal se coló en la estancia y dibujó una sonrisa en el rostro cansado de la bruja.

Aquella visita era lo que necesitaba para salir del bucle en el que se hallaba absorta.

Se asomó por encima del mostrador para saludar a Erin, una de sus mejores amigas, una joven duende de cabellos dorados como el sol y ojos castaños. De sus finas orejas, acabadas en punta, colgaban dos campanillas minúsculas de oro rosado. En sus brazos llevaba a una criatura de idéntica cabellera, pero con los ojos verdes y las mejillas sonrosadas de su otra madre, a quien trataba de tirar del pelo, sin éxito, enrabietada.

—Por todos los dioses, ¡cómo ha crecido Ariannelle!

Naiwa, su compañera, correspondió el comentario con una gran sonrisa mientras se afanaba en recoger sus bucles turquesa en una cola de caballo para apartarlos de las ágiles manos de la niña. Aquello no debió sentarle bien a la pequeña, pues sus ojos se empañaron y, en cuestión de segundos, el aire se llenó de unos bramidos tan agudos que Autumn tuvo que taparse los oídos. Había olvidado lo que era oír llorar a un bebé duende antes, y ahora estaba segura de que no quería volver a pasar por ello. Por suerte, sus amigas ya parecían estar inmunizadas contra aquella máquina de romper cristales, pues Naiwa la cogió en brazos mientras Erin rebuscaba en su bolso para sacar un pequeño muñeco de tela. Cuando se lo dio a la niña, esta empezó a morder con avidez y el llanto cesó.

—Perdona el jaleo, amor. Le están saliendo los dientes. Y parece que ha sacado mi mal genio —bromeó Erin, dirigiéndose a Autumn de nuevo—, pero eso da igual... ¡cómo te he echado de menos!

Erin aprovechó que tenía los brazos libres para abalanzarse sobre Autumn y darle un cálido abrazo, que la bruja agradeció desde el fondo de su corazón.

—Sentimos no haber venido antes a verte, Ojazos —añadió Naiwa, caminando por la tienda mientras acunaba a la niña en sus brazos con un suave vaivén—. Ya sabes cómo es la familia de Erin. Vas a pasar una semana con ellos y te secuestran durante un mes.

—Como si no hubieras disfrutado cada cucharada del estofado de setas de mi madre —replicó la aludida, arqueando una ceja, antes de volverse hacia Autumn—. Cariño, estás preciosa. ¿Te has hecho algo en el pelo?

—Estoy usando un producto nuevo y creo que le está dando más vida. Uno de mis experimentos, ya sabéis.

Autumn reprimió una sonrisa, en recuerdo del desastre que había montado en su casa la tarde anterior, y aliviada de que, de vez en cuando, sus proyectos funcionaran sin problemas.

—Quién tuviera tu maña, amor.

Erin y Autumn se habían conocido seis años atrás, cuando la duende había entrado como estudiante de intercambio en la Academia de Artes Arcanas en la que se formaba Autumn. Al principio, le pareció que era demasiado arisca, pues solo se juntaba con otros estudiantes del gremio de duendes arbóreos y entorpecía cualquier intento de socialización por parte del resto de compañeros. Sin embargo, un día en el que se sentía especialmente aburrida, descubrió a Erin bajo un árbol de los terrenos del colegio, dibujando a una profesora que tenían en común. Una bruja de prominente mandíbula, ya entrada en años, que siempre mostraba la expresión de haber masticado una manzana podrida. Por eso, cuando Autumn atisbó la tierna sonrisa que Erin había otorgado al doble retratado de aquel hueso, supo que había mucho más tras aquella huraña fachada.

Y no se equivocó. Erin era, en el fondo, una de las chicas más dulces que había conocido en su vida. Tal vez por eso, cuando se enfadaba podía llegar a dar verdadero miedo. En ese sentido, Naiwa la complementaba a la perfección. Según Erin, era la calma de su tempestad.

A la bruja le gustaba pasar tiempo con ellas. Solían quedar a menudo, sobre todo desde el nacimiento de Ariannelle, su ahijada. En ocasiones, su mejor amiga, Yixa, también se les unía y juntas se

dedicaban a malcriar al bebé, a comer dulces, a gastarse bromas y a despotricar contra lo difícil que era viajar desde que se habían endurecido las medidas de seguridad fronterizas tras el ataque de una horda de orcos en una ciudad costera cercana.

En aquel momento, aunque le habría encantado quedarse de cháchara con ellas, sabía que no podía perder el tiempo.

Cuando les contó lo que había ocurrido, ambas se asustaron. Para ser más precisos, Erin dejó salir un grito ahogado y se apresuró a preguntarle si estaba bien, mientras Naiwa la asediaba a preguntas. Si había puesto un hechizo protector en la tienda, si tenía seguro, si había contactado con los guardianes... Autumn no había hecho nada de todo aquello, o no del todo, como reconoció azorada. Al menos, tenía seguro. Aunque era consciente de que llevaba tiempo retrasando la inspección mágica bianual que debían hacerle desde el Ministerio y, cuanto más lo retrasaba, más excusas ponía para no pedirla.

—Pero, habrás ido al menos a la Central, ¿no? Son los guardianes los que deben ocuparse de esto —tanteó Erin.

Autumn compartió con ellas sus reparos, pero tal y como imaginaba, sus amigas se apresuraron a pedirle que se dejara de tonterías.

—Espero que tus dudas no tengan que ver con cierto ángel comemierda. —Por su tono de voz, bien podría haber estado hablando de una criatura ruin con gusto por cocinar niños pequeños al caldero.

—¡Erin! Delante de la niña, no —la regañó Naiwa.

—No se entera, es muy pequeña. ¿A que sí, mi vida? —Erin se dirigió a la niña con ternura, jugueteando con sus pies—. A que Rhael es un cabrón que se merece lo que...

—Basta, basta —la interrumpió Autumn, entre risas—. Al final, la vas a traumatizar. Como os salga malhablada yo no quiero saber nada.

Ante el socarrón arqueamiento de cejas de Erin, a la bruja no le quedó más remedio que contarle todo sobre su encuentro en

la cafetería. Lo violenta que se había sentido delante de la nueva pareja de su ex. La duende apretó su rodilla con cariño en un gesto reconfortante cuando ambas tomaron asiento en los taburetes que había junto a la puerta.

De vez en cuando, miraba por encima de su hombro para cerciorarse de que su mujer vigilaba a la niña. No sería la primera vez que organizaba algún desastre en lugar ajeno, pero a Autumn no parecía importarle. Estaba demasiado enfrascada en su relato, compartiendo su temor a encontrárselo en la Central. Tras su cuarto razonamiento circular, Erin decidió que había escuchado suficiente.

—Amor, te quiero, pero ¿cuánto hace de lo vuestro? Esta ciudad no es tan grande, algún día tenías que cruzártelo. Lo raro es que no haya ocurrido antes.

—Lo sé. Soy idiota. Sé que no tiene sentido que me ponga así, con la de tiempo que ha pasado. Pero no puedo evitarlo. No es solo el hecho de que me dejara de aquella manera, es el no haber llegado a descubrir nunca por qué.

—Creo que ambas sabemos por qué.

—Vale, lo sé, pero ¿por qué me lo contó? Podría haber fingido que no había ocurrido nada y yo no me habría enterado. ¿Por qué tirarlo todo por la borda?

Erin clavó en ella sus cálidos ojos, alarmada.

—¿De verdad habrías preferido vivir engañada?

Autumn tragó saliva y carraspeó antes de contestar, bajando la voz:

—No, supongo que no.

Erin puso los ojos en blanco durante una fracción de segundo y la bruja no la culpó. No era la primera vez que habían tenido aquella conversación y sabía lo que su amiga pensaba. De hecho, una de sus conversaciones había sido lo que la había empujado a entrar en el mundo de las citas a ciegas.

—Sé que tienes razón. Está claro que, si fue capaz de algo así, no valía la pena. Es solo que verlo en la cafetería con aquella diosa,

fue todo un golpe para mi ego —reconoció Autumn—. No me hagas caso, es que tengo la sensación de que últimamente me han pasado muchas cosas.

—Tendrás que invitarnos a cenar para ponernos al día. Pero lo primero es lo primero, amor. Llama a la Central.

Autumn asintió. Tenía razón, lo sabía. Debía dejar de esconderse y empezar a hacer uso del sentido común. Solo esperaba que aquello se solucionara lo antes posible para poder volver a su rutina sin más sobresaltos.

El contacto con la Central fue mejor de lo que Autumn había anticipado. Para empezar, no fue Rhael quien se presentó en su tienda, sino Xionter Djar. En cuanto se estrecharon la mano, le confirmó que sería la oficial encargada de investigar el allanamiento. Parecía solo un poco mayor que ella. Uno de los lados de su cabello, negro como el carbón, estaba rapado y lucía un enorme *piercing* en una de las aletas de su nariz. Se movía con parsimonia, pero su actitud y la firmeza de su voz reflejaban su experiencia. Venía acompañada de dos guardianes de rango inferior, quienes empezaron a lanzar hechizos reveladores por todo el local mientras ella se encargaba de interrogar a Autumn.

La bruja le contó todo lo que sabía, que era en realidad muy poco. Ser consciente de que no estaba siendo de gran ayuda le removía el estómago, y aquello no era nuevo para ella. Había empezado a tener retortijones nerviosos desde su adolescencia. Al principio pensaba que tal vez había desarrollado algún tipo de intolerancia alimenticia, pero después de pasar una noche terrible antes de un examen final en la academia, comprendió que su única intolerancia era ante el miedo a su propia incompetencia.

Mientras le tomaba declaración, la oficial Djar no movió un músculo de su cara. Solo sus ojos dorados, que daban cuenta de su licantrópía, parecían tener vida. Además, parecía una mujer ocupada. Su busca sonó varias veces antes de dignificar con su

respuesta a quien estuviera detrás de las llamadas, y aún después de hacerlo, sonó tres veces más. Tres pitidos que su dueña ignoró de nuevo.

—Parece que estáis muy ocupados —comentó Autumn.

La oficial apretó los labios y asintió sutilmente, sin comprometerse, y continuó tomando notas. Poco después, uno de sus subordinados se acercó y se llevó aparte a su jefa para decirle algo al oído.

Djar levantó la cabeza sobresaltada y se acercó al resto de agentes a zancadas. Autumn se moría de ganas por averiguar de qué estaban charlando, pero cuando la guardiana volvió a su lado y empezó a hablar clavando en ella una mirada llena de dureza, su corazón latió desbocado. No había nada. No había huellas, no había restos mágicos. El hecho de que la bruja asegurara que no echaba ninguna de sus posesiones en falta, solo agravaba la situación.

Djar le recordó, no sin cierto sarcasmo, que los servicios de seguridad de la ciudad estaban destinados a delitos reales y que las denuncias falsas se consideraban una ofensa punible. La sombra de la duda empezó a florecer en la bruja, quien, mortificada, se disculpó con la oficial por hacerle perder el tiempo. No obstante, Djar debió darse cuenta del estado de Autumn, pues relajó el semblante y le estrechó la mano, conciliadora, antes de reunir a sus subordinados para salir de aquella tienda con presteza.

Mientras veía a los guardianes desaparecer tras uno de los callejones, una creciente sensación de desasosiego se instaló en la boca del estómago de Autumn.

—¿Nos lo habremos imaginado, Iannur? —preguntó en voz alta.

—Mi nivel de certeza en lo que hemos percibido es del ochenta y siete por ciento, así que supongo que cabe un cierto margen de error...

Mordiéndose el carrillo interno, como siempre que algo no le cuadraba, Autumn se dirigió hacia el mostrador, no sin antes colocar el cartel de «cerrado» en la puerta con un mágico giro de muñeca.

No entendía nada. ¿Había sido solo producto de su imaginación?
¿De la de Iannur? ¿Qué probabilidad había?

No tenía la cabeza para atender a más clientes aquel día. Al menos, no hasta que confirmara que todo había sido una falsa alarma.

Necesitaba respuestas, y solo había una persona en el mundo a quien poder recurrir en tales circunstancias.

Su abuela.